

## Editorial

## Cuestión de actitud

Cuando una sociedad tiene las reglas claras, cuando ha aceptado que son las leyes y las normas las que garantizan la convivencia y estimulan el cumplimiento de deberes, puede decirse que existe un marco mínimo para el bienestar común. Si alguno de estos pilares flaquea, se abre paso a la anarquía, la indiferencia, el individualismo y la desconfianza en las autoridades que nos rigen.

El tema viene a colación con motivo de un informe publicado hace pocas semanas en este diario, que indagó por la suerte que había corrido una de las políticas de más grata recordación para los bogotanos en la última década: la cultura ciudadana.

La desalentadora respuesta quedó en evidencia con las cifras y las opiniones de los expertos: el modelo que nos ense-

ñó a ser mejores ciudadanos y a anteponer la autorregulación a la sanción naufregó.

Lejos han quedado la pedagogía del respeto por las cebras y las tarjetas de aprobación y desaprobación de nuestras acciones más simples. Hay más intolerancia y menos deseo de querer apostarle a la ciudad. Hace diez años, 63.000 personas regalaron el 10 por ciento de sus impuestos a obras de beneficio local; hoy, ese número no llega a 10.000. Hasta el exsecretario de las Naciones Unidas Kofi Annan llegó a citar este caso como ejemplo de madurez ciudadana.

Pocos son ya los que recuerdan que Bogotá se volvió modelo en el ahorro de agua y que un día dejamos la noche libre para que las mujeres se apropiaran de ella mientras los hombres asumían las labores domésticas y la atención de los hijos. Para el inspirador de esta estrategia de convi-

**La cultura ciudadana,** que llenó de orgullo a los bogotanos, desapareció. Volver a generar espacios de autorregulación y de respeto por la ley es el reto del alcalde Petro.

vencia, Antanas Mockus, lo más sorprendente fue que en ambos casos no hubo necesidad de imponer castigos. Bastó persuadir a la gente para que colaborara en un propósito común y en una manera distinta de vivir la ciudad.

Después de la administración Mockus, tales lecciones de cultura ciudadana fueron quedando en el olvido o se mo-

dificaron sin conseguir el mismo impacto, entre otras cosas, porque pesaba mucho la figura de un mandatario que no tenía reparos en disfrazarse de 'superhéroe' para que su mensaje calara.

El exalcalde lo atribuye a que quienes lo sucedieron en el cargo no aplicaron el principio de construir sobre lo construido y prefirieron empezar de ceros, con lo que se perdieron un tiempo valioso y toda una experiencia acumulada, difíciles de recuperar.

El resultado es la apatía y la indiferencia hacia la ciudad en muchos escenarios. Basta revisar las últimas encuestas del programa 'Bogotá, cómo vamos' (BCV), que registran que no solo se subestima el control social que inspiró la cultura ciudadana, sino que hoy se le teme poco a la ley o a la sanción de las autoridades. Es abrumadoramente mayoritario el concepto de los bogotanos que reconocen que no

hay respeto por el medio ambiente, la legalidad, los paraderos, el cuidado de TransMilenio, los vecinos o los más débiles de la escala social. Y existe poco temor a ser sancionado por violar el pico y placa, invadir un espacio o dañar un bien público. En pocas palabras, ha quedado atrás un principio elemental: sentir vergüenza por las malas acciones.

Lo anterior significa dos cosas: falta de autoridad y ausencia de pedagogía. Conseguir que ambas actitudes vuelvan a confluir es el reto que tienen el alcalde Gustavo Petro y su equipo, tarea nada fácil, pero esencial, sobre todo cuando se aboga por mayor inclusión y menor segregación.

Los ciudadanos, por su parte, han acumulado una deuda muy grande con su comportamiento hacia la ciudad. Y toda deuda que no se paga a tiempo —decía Mockus— termina costando el doble.

## ¿Y el candidato del Gobierno?

Tema de alto vuelo político y de interés nacional por estos días es el nombramiento del Procurador General de la Nación. Sin duda, uno de los cargos más importantes para el país, pues se trata nada menos que de la cabeza del Ministerio Público. Un ente de la mayor trascendencia, más en el momento que vive Colombia.

Por ello despiertan tanto interés y expectación los nombres que acompañan en la terna al actual titular, Alejandro Ordóñez, escogido por la Corte Suprema de Justicia el pasado 30 de agosto. Hace dos días, la Sala Plena del Consejo de Estado, por gran mayo-

oría —21 votos de los 26 posibles—, nombró como su candidato al abogado y catedrático Orlando Gallo Suárez. Y aunque su nombre no tiene tanta proyección nacional, sí es un profesional de prestigio. Es doctor en ciencias jurídicas de la Universidad Javeriana, además de especialista en derecho laboral y de familia de la Universidad Externado de Colombia y quien se desempeña como director del Centro de Estudios sobre Justicia Transicional y Restitución de Tierras en la Universidad Sergio Arboleda.

Pero la Constitución exige que el Procurador General se elija de una terna.

Y uno de los ternantes es el Ejecutivo, en cabeza del Presidente de la República. Sin embargo, por ahora, todo son especulaciones. Los nombres del candidato del Gobierno apenas son comidilla de los mentideros políticos. Precisamente por ello, creemos que el presidente Juan Manuel Santos haría bien en escoger su designado y darlo a conocer al país lo más pronto posible. Ello no solo para disipar las conjeturas, sino porque, dadas las actuales circunstancias en que se juega la posible reelección del procurador Ordóñez, se dice que este tiene la ventaja no solo de haber salido de primero en el parti-

do, sino de ser el actual titular. Pero, sobre todo, por claridad nacional y porque el debate público para el alto cargo debe ser sobre tres aspirantes.

El Gobierno, como ya lo comentamos en este espacio, por conducto del ministro de Justicia, Fernando Carrillo, dijo que su candidato no será de relleno. Eso está muy bien. Deberá ser un nombre de peso, con las categorías profesionales y morales para semejante dignidad, que juegue de igual a igual con los ya postulados. Conocerlo ya beneficia el proceso de elección y, en general, al país.

editorial@eltiempo.com.co

## EL TIEMPO

CASA EDITORIAL  
FUNDADO EL 30 DE ENERO DE 1911

Director General  
Roberto Pombo  
Gerente General  
Jon Ruiz  
Director de Publicaciones  
Rafael Escobar

## CONTENIDO

Subdirector de Información  
Andrés Montoya  
Subdirector de Opinión  
Ricardo Avila  
Editor Multimedia  
Dario Restrepo  
Editor jefe  
Ernesto Cortés

Director Propietario: Eduardo Santos 1974  
Fundador: Alfonso Villegas 1945

## NEGOCIOS

Gerente de Operaciones  
Ubaldo Vidal  
Gerente General Financiero / USC  
David Matos

## MEDIA 24

Presidente: Jaime Sáez  
CITYTV  
Gerente: Lorencita Santamaría

www.eltiempo.com  
EL TIEMPO: PBX 2940100  
Avenida calle 26 No. 26B-70, Bogotá  
Línea de servicio al cliente y suscripciones  
EL TIEMPO Bogotá: 5714444  
Línea nacional: 01 8000 118 080  
Fax nacional: 01800029100, extensión 111  
Línea de servicio al cliente en otros países  
CET Bogotá: 3538888  
Línea (0800) 113 080  
Todos los días de 8:00 a.m. a 8:00 p.m.  
Obituarios: PBX 2940100, Fax 2940100  
Media 24: 320 480 0283  
Clasificados: teléfono 4285000  
Línea nacional: 01 8000 118 080  
Redacción: PBX 2940100, Fax 2940100  
Regiónales: línea 01 8000 111 077  
MEDIA24: PBX 6565200, Publicidad y Paleta  
Internacional, carrera 7a. No. 113-43, cl. 402  
Torre Samsung

"COPYRIGHT © 2012 CASA EDITORIAL EL TIEMPO S.A.  
Prohibida su reproducción total o parcial, así como su  
traducción a cualquier idioma sin autorización escrita  
de su titular. Reproduction in whole or in part or  
translation without written permission is prohibited.  
All rights reserved"

En la línea de fuego  
La guerra  
y la panza

Salvo  
Basile

Por primera vez en mi vida comí algo sólido el 20 de septiembre de 1944. Estábamos en casa de mi tía Concetta del Prete, en la dilapidada Napoli. Seiscientos bombardeos habían logrado la fuga de los alemanes, nuestros nuevos enemigos; mientras tanto, nuestros nuevos amigos, los gringos de Eisenhower, vomitaban toneladas de bombas para abrirse camino en su avanzada hacia Berlín.

Nápoles era un objetivo militar jugoso por el puerto y las industrias y la presencia masiva de tropa alemana. Cuando digo que comí por primera vez a los 5 años no exagero. Antes había ingerido el líquido de las generosas popas de mi madre, y después sopa de raíces sin sal, unos pocos frijoles secos, y una vez, de milagro, una ovejita desmenuada que mi papá había encontrado en el camino de la finca de mi abuelo y que había sido capaz, por pura hambre, de arrastrar hasta la caverna donde estábamos refugiados.

Sí, ya no estábamos en nuestro cómodo apartamento de San Pasquale a Chiaia. Estábamos escondidos en unas cavas que mi abuelo usaba para almacenar un vino *novello* que no necesitaba añejarse y que mamá usaba para darnos teteros. La finca se encontraba en primera línea, término bélico que describe una posición peligrosísima entre los dos ejércitos en pugna. Y allí nos hallábamos, pues "mi papá", que había logrado escapar milagrosamente de una redada alemana, decidió trasladar toda la familia a una finca de mi abuelo materno, Don Salvatore Ferrara. Mi abuela, Giulia di Giulio —"noi discendiamo da Giulio Cesare", decía convencida—, nos recibió en su casa de Valleri con todo el cariño y las atenciones debidas. Pero este paraíso no duró ni una semana. El gran ataque, hacia el norte, de los norteamericanos encontró una enconada resistencia de la Wehrmacht y una *panzer division* estacionada en Valleri. Y los gringos de la Air Force bombardearon la ciudad a tapete.

El segundo piso donde dormíamos fue alcanzado por una bomba y se convirtió en una montaña de escombros, por la que nosotros, milagrosamente ileso, bajábamos riendonos de la abuela, que descendía precipitándose como un *rolling stone*. Papá no estaba, pero oíamos su voz y sus sollozos desesperados. Al fin lo vimos gesticular en un corrillo de gente atenta y conmovida. Con su gestualidad napolitana describía el ataque aéreo, la soltada de la bomba y el impacto sobre nuestra casa, donde él había perdido a toda su familia. "Papá —dijo jalándole el saco—, no estoy muerto... Pero él me calló, embolado como estaba con tanto su tragedia. Y así toda la familia se juntó al corrillo para oírle a mi padre el cuento de nuestra muerte. basilesalvo@yahoo.com

## 'Best seller'



## Cárcel solo de noche

Marcha fúnebre  
Millonarios

Ricardo  
Silva  
Romero

Estoy con  
Millonarios  
tenga las  
copas que  
tenga:  
así me fui  
aunque  
nos metan  
ocho a cero.  
Pero si me  
encantaría  
decir que  
este año  
vamos  
por la doce.

Ya es tarde. Ya qué. Ya Millonarios se ganó esas dos estrellas negras que hoy quiere devolver, porque, como reconoció su presidente el martes, fueron alcanzados por equipos financiados por la mafia. Ya pasó, sí. Ya qué. Ya la infancia se nos fue en el envolvente drama de cada partido, todo el tiempo a punto de pararnos de la silla, gol a gol, con el sistema nervioso empujado en ganar, haciéndonos fuerza los miércoles y los domingos a 'la Gambeta' Estrada, a 'el Pájaro' Juárez y a 'el Guajiro' Iguarán. Pero qué bueno que algún miembro de la escalofriante familia del fútbol —el hilo por el que podría comenzar a destejarse la trama— se atreva a decirle a este país, que mira de reojo a los corruptos pero enterra vivos a los aguafiestas, su secreto a voces de siempre: que ese extraordinario oncenito azul que se reclutó en los años ochenta fue "el trece veces campeón" gracias a los dineros ensangrentados del tráfico de drogas.

Ya qué. Ya fue. Pero reconocer que sí ocurrió lo que ocurrió —contar la turbia tras escena, desmontar la propia farsa y reunir los hechos sin desco-

nocer las gestas— es hacer algo que no suele hacerse en Colombia: historia.

Puede leerse en el acta de la junta directiva de Millonarios que se llevó a cabo el lunes festivo 5 de julio del 82: "Se registra que de los \$ 25.000.000 recibidos, como primera cuota de los nuevos socios, se expidió credencial provisional así: a favor del señor Edmer Tamayo Marín la cantidad de 750 derechos por valor de \$ 15.000.000 a razón de \$ 20.000 cada uno, y al señor Gonzalo Rodríguez Gacha la cantidad de 500 derechos por valor de \$ 10.000.000". Y en la página 147 de *Pena máxima*, el gran libro perseguido de Fernando Araújo, puede confirmarse que el psicópata Rodríguez Gacha gastó poco sus sentencias de mafioso, pero que en sus asados de los sábados se quedaba viendo su hato de jugadores mientras dejaba escapar las palabras "lo único que sé es que si alguno de estos vergajos se llega a ir del equipo, no amanece".

Sucedió en aquellos años ochenta que llamamos "la época del narcotráfico" como si hubiera terminado. Millonarios, mi equipo tenía la mafia adentro. Y entonces el delirio no acababa nunca: el árbitro Ramiro Rivera nos pitaba un penalti aunque Rubén Darío Hernández hubiera sido derribado a tres metros del área, pero el juez Hernán Silva escupía el silbato para no tener que concedernos una pena máxima clarísima contra 'el Guajiro'

en la tercera ronda de la Copa Libertadores del 89. Es cierto que todos, desde el Nacional hasta la América, hicieron parte de ese carnaval grotesco. Es verdad que el Santa Fe del 88 sólo pudo empatarle al Quindío en el imposible minuto 102. Pero hoy estamos hablando de Millos.

Que ojalá vuelva a tener once estrellas. Que ojalá que ahora, hecho un equipo chico ridiculizado el miércoles por el Real Madrid, no pierda el coraje de hablar de su propio juego sucio. La historia es un relato que se recrea pero también unas voluntades que se renuevan. Y en la narración de Colombia, aunque a estas alturas dé algo de vergüenza sentir esperanza, no hay que dejar escapar esos días breves en los que alguien dice la verdad. Ya se dijo, sí, ya qué: la droga financió el fútbol colombiano. Ya viene la pregunta de si hoy todo está en orden. Yo, que pienso que vivir es armar el rompecabezas de la infancia, que no voy a encubrir ni a olvidar a ese equipazo que tuvimos en los ochenta, que aún me acuerdo de mí mismo con mi camiseta número 15 pintándole a mi versión del escudo azul las once estrellas que teníamos, estoy con Millonarios tenga las copas que tenga: así me fui aunque nos metan ocho a cero. Pero si me encantaría decir, como otro hinchita que no aprende, que este año vamos por la doce. www.ricardosilvaromero.com